

# Biografismos

## Polimorfismos de la literatura confesional



El sociólogo polaco  
Zygmunt Bauman.  
:: CELEDONIO

**E**n su introducción a las diversas anotaciones embrionarias del seminal 'Diario anónimo' (Galaxia Gutenberg) de José Ángel Valente, Andrés Sánchez Robayna acudía a Philippe Lejeune, autor que desconozco, para convenir que «para que exista diario –en cualquiera de sus modalidades– la única condición es que se trate de una escritura fechada, esa clase de escritura que, por sus peculiaridades características hace visible el torbellino del tiempo». Y en efecto, dentro de la literatura confesional, se trata de un subgénero no sé si encuadrado en lo didáctico pero en cualquier caso de naturaleza muy heterogénea y proteica. De la agenda de citas notarial, poco o demasiado íntima, de González Ruano, por poner un caso, a los apuntamientos de Jiménez Lozano, de una lucidez y sabiduría difícilmente igualables, media un mundo.

Hay, incluso, diarios que no lo son, salvo por constar de entradas escritas bajo fecha, de manera más o menos habitual. Así sucede en 'Esto no es un diario' (Paidós) de Zygmunt Bauman, publicado este mismo año en Cambridge, cuyo título no es paradójico al modo del cuadro de la pipa de Magritte. Éste es el noveno libro en Paidós de este polaco, profesor de sociología en Leeds y teórico de la era líquida –su propio concepto de diario aquí puede considerarse como tal–. El primero fueron sus 44 cartas y el último que había leído 'Miedo líquido', sobre los terrores globales de la sociedad contemporánea, del efecto 2000 a los virus incontrolables, donde, por cierto,

en relación con lo del otro día, equiparaba el miedo y el mal «como gemelos siameses» y acudía también al caso Eichmann, así como al espléndido 'Memoria del mal, tentación del bien' (Península) de Tzvetan Todorov.

Ya la primera entrada del libro, fijada, a sus 85 años, el 3 de setiembre de 2010 a las cinco de la madrugada, se titula 'Del sentido y el sinsentido de escribir un diario' –el hecho de poner epígrafes es otro rasgo singular, lógico si se considera que se trata de comentarios de actualidad encubiertos– y parte de un impulso acuciante de escritura sin motivo concreto ni finalidad alguna, salvo el propio placer de la palabra y la necesidad perentoria de acudir a ella para devanar el pensamiento. Ahí es nada. Confiesa igualmente, quizá como causa última, su grafomanía, que seguramente es la enfermedad de cabecera de los diaristas de toda laya y condición, su denominador común que luego se desparra por el folio en blanco de dispar manera.

En realidad, se trata, desde su anticonvencional estilo sociológico, de retener una imagen del mundo que la modernidad líquida –y biodegradable, cabría argüir a mayores– está haciendo añicos. Bauman desgrana los asuntos y los desmenuza muy bien; es una gozada cómo razona y escribe: su acercamiento al significado y los límites del respeto y de la responsabilidad a partir de los postulados de Emmanuel Lévinas, René Girard, Immanuel Kant y Carl

**Bauman intenta retener una imagen del mundo que la modernidad líquida está haciendo añicos**

**Mary Ann Clark Bremen parceló su biografía en novelas breves**

Schmitt es ejemplo. Entre otros, desde luego: la involución hacia la «comunidad rural» en Facebook, el progreso como huida en el sentido de Walter Benjamin, la mentira como neolengua orwelliana, la brecha ya abismo entre pobres y ricos, el réquiem por el sueño americano, el tsunami humano de la primavera árabe o la codicia, que proporciona prosperidad sin crecimiento. Una lectura para tratar de entender la crisis global y así, acaso, enderezar la propia, contemplarla con rectitud al menos. Ahora bien, sus ideas pueden ser discutibles y, desde luego, alguna es de una candidez ventajista impropia, bueno, propia de su admirado Sarraute, pero la exposición es brillante y proporciona pistas muy sugerentes.

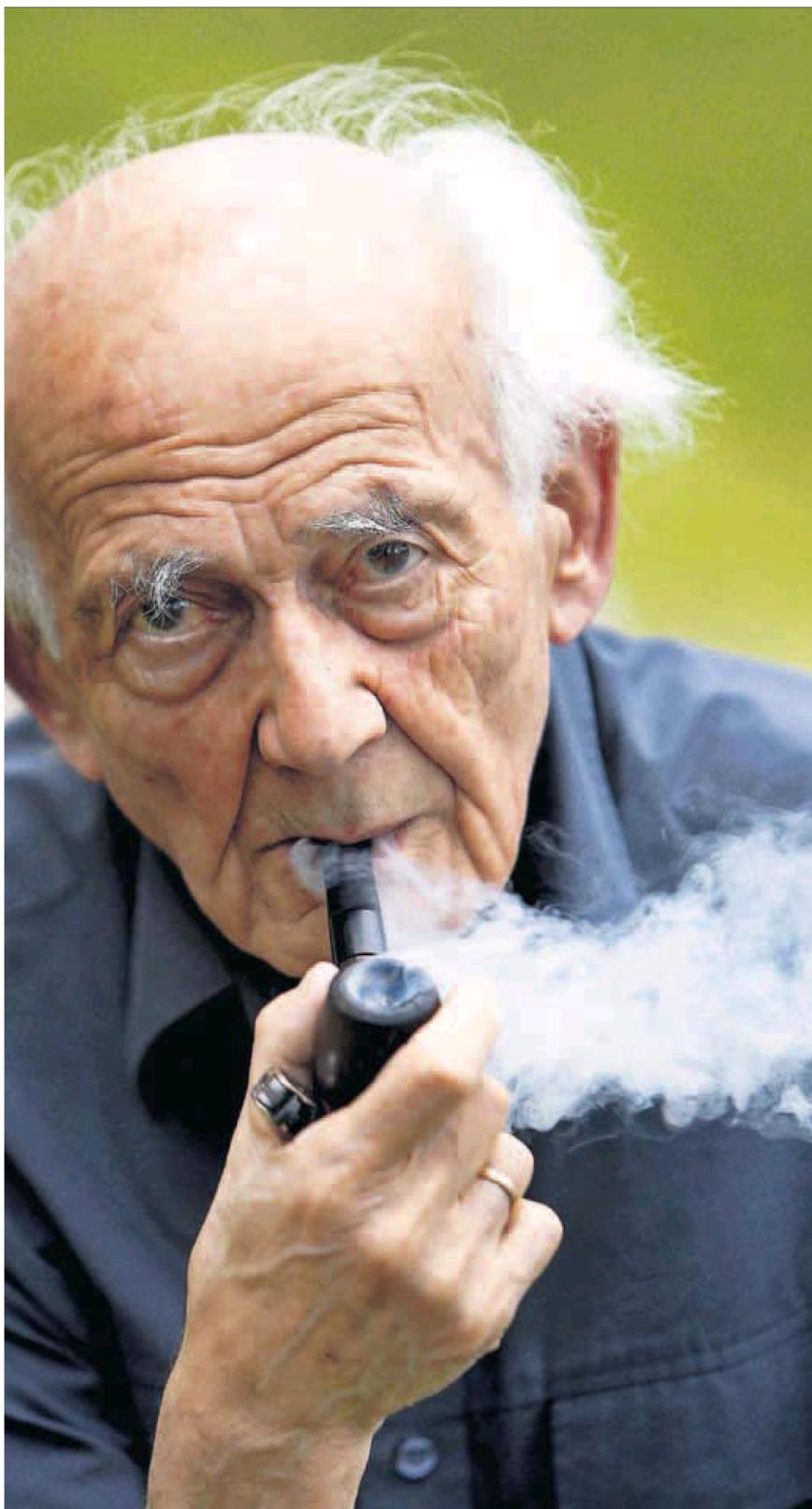
La misma editorial ha reeditado 'Cartas a Theo', de Vincent Van Gogh, un libro ideal para regalo, que, aun siendo de carácter epistolar, traza un retrato espiritual y artístico del genio y aun un esbozo biográfico, toda vez que el traductor, de lujo, Antonio Rabinad, apunta los motivos por los que Van Gogh se encontraba en los lugares desde donde escribe a su hermano y las vicisitudes que allí lo llevaron. Qué emocionante, por caso, su despertar pictórico en el Borinage o su atención infatigable a las novedades estéticas de su tiempo, su inquebrantable voluntad de saber más y mejor.

También se puede, naturalmente, acercar a la novela los recuerdos personales. En 'Irse' (Pre-textos), escrita originalmente en inglés,

Mihai Grinfeld, profesor de literatura española en la universidad norteamericana de Vassar, rememora su infancia y primera juventud en la siniestra Rumania de Ceausescu. A fuer de ser sinceros, estas interesantes memorias, frente a otras de la misma época que me han impresionado mucho, me han resultado menos duras de lo que esperaba, no difieren de las que pudiera escribir cualquier coetáneo durante el franquismo. Salvo en lo que respecta a sus progenitores, que volvieron, antes de casarse, de Dachau y de Auschwitz sin esposas, ni hijos, sin familiares, excepto un tío. Sobrevivieron a los lager y de esta experiencia conservaron la tenacidad, la resignación, la perseverancia, la voluntad de vivir por encima de todo. Pero callaron, con una sensación depresiva de impotencia no contaron nada de nada (solo un episodio su madre, cuando recuerda el placer de comerse una patata cruda sin pelar, robada con peligro de muerte; un apunte su padre, cuando le dice que antes le gustaba leer, pero después de pasar por el campo de concentración «perdió la paciencia»). No quisieron siquiera que sus hijos siguieran las tradiciones judías para que no los identificasen como tales.

Así que aguantaron sin pestañear «el severo régimen socialista» en Cluj, ciudad transilvana medio húngara, rumanizada por el dictador. Ahí, a los cinco años, inicia con tierna minuciosidad Grinfeld su evocación: su primera novieta, las visitas, la matanza del cerdo, el pan negro untado con mermelada de ciruela. Luego, recobra los ritos de paso (tabaco, al-





**ESTO NO ES UN DIARIO**

Zygmunt Bauman. Paidós. 288 páginas. 19,90 euros



**IRSE**

Mihai Grunfeld. Pre-textos. 366 páginas. 30 euros.



**ORIGEN Y PRESENTE**

Jean Gebser. Editorial Atalanta. 995 páginas. 38,50 euros,



**UNA BIBLIOTECA DE VERANO**

Mary Ann Clark. Periférica. 88 páginas. 14,75 euros.

cohol, cine...) de una adolescencia callejera, junto a compañeros pillastres. Tras formarse profesionalmente, trabaja como tornero, y entonces, ante la asfixia imperante, intenta junto a su hermano mayor, como si fuese una travesura de la pubertad – y sorprendentemente lo consiguen – huir improvisadamente a Austria, vía Hungría y Checoslovaquia, aunque nadie los espere en Occidente. De Viena, mediante la ayuda de una organización hebrea, viajan a un kibbutz israelí y ahí concluye este tramo memorialístico, que tal vez amplie el autor con su periplo posterior por Italia, Suecia, Canadá y USA, que aquí anuncia someramente.

Hay, por tanto, formas hartas curiosas de rehacer por escrito una vida. Mary Ann Clark Bremen, mujer Rimbaud, joven huérfana, la convirtió en ficción, a partir de los episodios singulares de su existencia. Alentada, al parecer, por Friedrich Dürrenmatt, parceló su autobiografía en novelas breves. Ésta que nos ocupa, 'Una biblioteca de verano', parte del momento en que la autora recuerda la muerte de sus progenitores casi dos años antes, durante el ataque de un submarino alemán al buque en el que viajaba con ellos, en el transcurso de la segunda guerra mundial. Ella misma fue herida y ahora acaba de fallecer también, en su cama, su tío, personaje entrañable, amante de la 'Iliada', la 'Biblia' y Coleridge, que le inculcó la pasión lectora y del que hereda por una temporada el puesto de bibliotecaria popular donde trata de evadirse del duelo.

El tío Marcel se permitía

calificar a los escritores, con notable tino: arrebataador para Verlaine, poderoso para Stendhal, delicado para Proust, inteligente para Flaubert..., no había entre sus libros ni uno malo y con su criterio consigue contagiar a la sobrina el virus de la literatura de verdad, de tal manera que algún día, en la estela de Francis Jammes, pueda disfrutar de «la plenitud y del estremecimiento que produce la belleza». Mientras tanto, se conmueve al mirarse en el espejo de los relatos de Katherine Mansfield o adora, al tiempo que le irrita, la culta perspicacia, mezclada con fino humor, del polemista William Hazlitt. Todo ello conforma una aparente novela iniciática; no en vano desemboca en su primer amor, «los más bellos días de mi vida» y en el retorno de lo trágico.

Volvamos, para terminar, a los comentarios inquietantes de Bauman. Hace un tiempo hablé del desvarío cultural de Europa. Pero Jean Gebser, en su monumental y curioso 'Origen y presente' (Atalanta), una cosmovisión muy peculiar del mundo y sus perspectivas, señala que «lo que experimentamos en la actualidad no sólo es una crisis europea. Tampoco es una mera visión de la moral, de la economía, de las ideologías, de la política, de la religión. No sólo afecta a Europa y a América, sino también a Rusia y al Lejano Oriente. Se trata de una crisis mundial y de una crisis de la humanidad», lo que llama «el suicidio de Occidente», acaecido a partir de la Revolución Francesa. Desde luego, la crisis viene de lejos y su naturaleza es también polimorfa.